TEOLOGÍA FUNDAMENTAL Y DOGMÁTICA

Fabrice HADJADJ, *La fe de los demonios (o el ateísmo superado)*, Traducción de Sebastián Montiel, Granada: Nuevo Inicio («Colección Areópagos», Publicaciones del Instituto de Teología «Lumen gentium»), 2009, 278 pp., 15,5 x 21,5, ISBN 978-84-9361-029-6.

En sus todavía escasos años de existencia, la joven Editorial *Nuevo Inicio* ya ha publicado un buen número de obras, en diversas colecciones, siguiendo así el reto fundamental que le dio origen: contribuir a que la sociedad actual tome mayor conciencia del papel que juega el cristianismo como fundamento y plenitud de lo humano. Concretamente, la colección «Areópagos» –en la que se encuadra el libro que ahora reseñamos– reúne hasta ahora más de 10 obras que buscan el diálogo del pensamiento cristiano con las realidades sociales y las tendencias culturales contemporáneas.

El autor, Fabrice Hadjadj, es un francés de origen judío, de nombre árabe y convertido al catolicismo en París en el año 1998. Compatibiliza su trabajo como escritor y dramaturgo con la enseñanza de Filosofía y Literatura en la Provenza francesa.

Ganadora del *Prix 2010*, otorgado por el *Syndicat des librairies de littérature religieuse* de Francia, esta obra recoge unas agudas reflexiones sobre las tentaciones que acechan al cristiano, las cuales pueden llevarle a sucumbir ante una fe sin amor y sin confianza en Dios.

Aunque el título pudiera sugerirlo, este ensayo no es un tratado de demonología –lo advierte el autor en la introducción (cfr. p. 22)–, sino más bien un ensayo sobre el combate de la fe. Su origen hay que situarlo en una conferencia impartida en 2005 por Hadjadj en el Collège Supérieur de Lyon, en el contexto de un ciclo sobre «El ateísmo interrogado».

Al autor le interesa exponer los elementos más genuinos sobre la lógica del mal, según han sido experimentados por la Iglesia y los creyentes en los más de veinte siglos de tradición cristiana. Se trata de sacar a la luz toda la sabiduría acumulada acerca de las argucias y estrategias del Maligno en su tarea de apartar a los hombres de Dios o, al menos, de estorbar y desnaturalizar la relación de las criaturas con el Creador.

Hadjadj dedica la primera de las tres partes en las que se divide la obra a estudiar la fe de los demonios en sí misma, tal como la muestra la Escritura, concluyendo que el principio radical de la culpa no está en la ignorancia atea ni en la debilidad carnal –a fin de cuentas los demonios ni son ateos ni son carnales–, sino, sobre to-

do, en la soberbia y la envidia: «Dios es amor, ¡enhorabuena! El diablo también, sólo que amor propio. Su odio únicamente corresponde a ese amor y a su deseo de difundirlo» (p. 83).

En la segunda parte, analiza las maneras en que esa fe de los demonios fluye por el mundo y fecunda los errores de los hombres. Para el autor, se equivocaría quien pretendiera explicar el origen de los males del mundo a través de supuestas teorías conspirativas y urdimbres secretas de grupos humanos. La raíz del mal es más profunda. Hay que remontarse hasta un complot aún más secreto y más tentacular: un complot angélico, una maquinaria sabia y astuta. «Una conspiración que sabe jugar con facciones opuestas, que sabe coordinar para la destrucción la entidades más contrarias: progresismo e integrista, capitalismo y comunismo, satanismo en bruto e irenismo remilgado, aquel ejército democrático y aquella otra organización islámica, americanismo belicoso y anti-americanismo pacifista, militantes pro-abortistas y *pro-Life* feroces... (...) Lo esencial para esta conspiración, simultáneamente más alta y más baja, es cultivar el odio tanto como las complacencias que contribuyen a la condenación» (p. 102). Las reflexiones de Hadjadj no cristalizan en un panorama negativo y pesimista de la vida humana: nada es malo ni diabólico en sí mismo y, aunque «cualquier cosa, salvo Dios y sus santos, puede ser corrompida» (p. 128), todo puede ser también reconquistado y recuperado, pasando por encima de las maquinaciones del «orquestador de debates» (cfr. p. 139).

La última parte de la obra está dedicada a la fe de los fieles, tanto en su encarnación concreta en el mundo –en su doble tensión carnal y caritativa–, como en su «noche oscura», es decir, en su doble dimensión de oscuridad y certeza, según un dinamismo interno que hace pasar al creyente del conocimiento al amor. En este

punto, el autor se inspira en las experiencias y las intuiciones de los grandes místicos cristianos.

La tesis básica del libro podría resumirse quizás en la afirmación de que la lógica del mal no tiene su expresión más genuina y más radical en el libertinaje o la herejía; se encuentra más bien, en las argucias disfrazadas de moralidad que el «Maligno» siembra en el mundo. Al diablo no le interesa un mundo sin cristianismo, sino un mundo sin Dios, un cristianismo sin Dios. No busca abolir la fe cristiana, sino fomentar una fe a la medida de las vicisitudes de cada época, de las modas, de los caprichos. Su máxima pretensión es, en definitiva, desligar el cristianismo del misterio de gracia en el que se funda y en el que subsiste, y hacer de él una comunidad de seres autosuficientes.

El autor reconoce que no pretende ofrecer una doctrina nueva, sino mostrar la novedad permanente de la doctrina eterna sobre la auténtica fe en Dios. Siguiendo de cerca el pensamiento de san Agustín en *La ciudad de Dios* (XIV, 2-3), Hadjadj rechaza con insistencia una concepción gnóstica de la redención, que a su vez llevaría consigo una concepción reduccionista del pecado, desde la que se atribuiría a la carne todos los desórdenes de la vida humana: «Quien hace a la carne responsable de todos los desórdenes «justifica al demonio»: ése estima que domar sus deseos carnales sería suficiente para hacerse bueno y olvida, por tanto, el mayor desorden, que es el orgullo. Quien hace del dominio de sí el *nec plus ultra* de la moral cae en el mayor de los vicios: desconoce ese amor que nos arranca de nosotros mismos y nos hace llorar «a pesar nuestro» y rechaza, por tanto, la moral de la misericordia» (pp. 205-206).

El ensayo conjuga de manera equilibrada una dosis de exégesis –profunda y sencilla al mismo tiempo, asequible al lector y desprovista de excesivos tecnicismos– de algunos textos de la Sagrada Escritura, con

las reflexiones de autores clásicos cristianos (san Agustín, S. Bernardo, santo Tomás, etc.), filósofos (Pascal, Kant, Kierkegaard) o modernos (J. Maritain, Henri de Lubac, J. Ratzinger, Serge-Thomas Bonino, etc.), y la experiencia de los santos (santa Teresa de Jesús, san Juan de la Cruz, santa Teresita del Niño Jesús o la Madre Teresa de Calcuta). Todo ello viene articulado según un estilo muy personal del autor, que sabe combinar notables dosis de sentido común,

agudos análisis y fina ironía. Las numerosas referencias literarias que enriquecen estas páginas –entre las que pueden destacarse las de autores como Dostoyevsky, Baudelaire, Bernanos, Chesterton, y, cómo no, las *Cartas del diablo a su sobrino* de C. S. Lewis– hacen todavía más atractiva la lectura de este ensayo, que refresca el pensamiento y edifica el espíritu.

Juan ALONSO

William T. CAVANAUGH, *El mito de la violencia religiosa: Ideología secular y raíces del conflicto moderno*, Granada: Nuevo Inicio («Colección Areópagos»), 2010, 144 pp., 15 x 22, ISBN 978-84-937488-1-4.

El autor de este libro, cuya publicación original es de 2009, William T. Cavanaugh, es un teólogo católico, casado, con tres hijos, que enseña actualmente en la University of Saint Thomas, en Minnesota. Ha publicado numerosas obras en torno a la relación entre religión y política, entre otras *Theo-Political Imagination: Discovering the Liturgy as a Political Act in an Age of Global Consumerism*, de la que también hay versión en castellano en la editorial Nuevo Inicio.

Un tema frecuentemente tratado en los últimos años es el de la violencia que de un modo u otro proviene de la religión. Para el autor, esta cuestión se ha convertido en una especie de estereotipo, un mito forjado en dos etapas: 1ª, pensar que la religión es un fenómeno endémico de todas las culturas y épocas de la humanidad, separable de otros aspectos de la actividad del hombre que, como la política y la economía, son calificadas de seculares; 2ª, considerar que el ámbito de lo religioso es más proclive a la violencia que el ámbito de lo secular.

El autor usa la palabra «mito» no tanto con la intención de recalcar la falsedad de la proposición, sino más bien para expresar la potencia que tiene dicho planteamiento en las sociedades occidentales: un paradigma firmemente asentado con el que se justifican incluso acciones violentas supuestamente racionales contra la violencia de raíz religiosa, considerada a priori como extrema e irracional.

En esta obra, Cavanaugh se propone demostrar, argumentando a partir de fuentes históricas, teológicas y jurídicas, que la religión no es una realidad transcultural ni transhistórica, ni se puede separar de las demás esferas de la actividad humana, y que la oposición religioso-secular es una invención de la modernidad occidental para legitimar la violencia supuestamente democrática y racional de los estados modernos; por el contrario, el ámbito de la religión estaría relacionado con la irracionalidad, y por lo tanto proclive a una violencia desmedida.

En la Introducción, el autor afirma que no se propone defender la religión